



Este texto del evangelio de Marcos nos pone en la línea de las tradiciones y costumbres del pueblo de Israel en relación con las leyes de pureza e impureza sobre las que el pueblo había construido su experiencia religiosa.

1-5 En aquel tiempo los fariseos y algunos maestros de la ley de Jerusalén se acercaron a Jesús, y vieron que algunos de sus discípulos se ponían a comer con manos impuras, es decir, sin habérselas lavado. Porque los fariseos y todos los judíos, siguiendo la tradición de sus mayores, no se ponen a comer sin haberse lavado cuidadosamente las manos; y si vienen de la plaza, no comen sin haberse lavado; y tienen otras muchas prácticas que observan por tradición, tales como lavar copas, jarros y bandejas. Así que los fariseos y los maestros de la ley preguntaron a Jesús: «¿Por qué tus discípulos no observan la tradición de los mayores, sino que

comen con las manos impuras?».

Los que se reúnen son miembros del grupo o partido farisaico y, con ellos o entre ellos, algunos letrados o doctores, intérpretes oficiales de la ley. Vienen de Jerusalén, donde el partido fariseo es más fuerte y con la aureola de autoridad que añade la capital.

Se muestran inquietos porque los discípulos de Jesús comen el pan sin lavarse las manos; pero su preocupación no es una cuestión de higiene, es un asunto de carácter religioso. La pureza, un concepto que entre nosotros se refiere casi exclusivamente al

comportamiento sexual, abarcaba toda la vida religiosa de los judíos, en especial la de los fariseos.

Los discípulos de Jesús ya se habían liberado de la esclavitud de las leyes y de las tradiciones religiosas (Mc 2,18.23-24) y tampoco respetan éstas. Los fariseos, reforzados por la presencia de los letrados de Jerusalén, vuelven a atacar dispuestos a no perder ninguna ocasión para desprestigiar a Jesús. Pero, una vez más, Jesús va a descubrir el verdadero rostro de estos hombres piadosos.

6-8 Él les contestó: «Hipócritas, Isaías profetizó muy bien acerca de vosotros, según está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto enseñando doctrinas que son preceptos humanos. Dejáis el mandamiento de Dios y os aferráis a la tradición de los hombres».

El término griego "hypokrites" describe al actor que oculta su rostro con una máscara. El efecto conseguido era el halago del público. Según Jesús los fariseos son hipócritas, máscaras destinadas a la interpretación con el fin de recibir el parabién de su público. No son lo que parecen.

Los profetas habían denunciado muchas veces el uso de la religión para tranquilizar la conciencia: rezar mucho mientras se practicaba la injusticia. Jesús escoge uno de esos párrafos de los profetas para ponerlo ante ellos como juicio definitivo de su manera de entender las relaciones con Dios. (Is 29,13)

Los textos citados anteriormente son más duros y expresan con más claridad la necesidad de que el culto a Dios se cimente en la práctica de la justicia y la solidaridad.

Más adelante, en unos versículos (9-13) que la liturgia de hoy no recoge, Jesús va a mostrar con un

ejemplo que estas tradiciones invalidan los mandamientos de Dios y, además, perjudican a la mayoría de los hombres, aunque benefician a unos pocos, precisamente a los que las defienden. En los diez mandamientos de Moisés se mandaba cuidar de los padres, de modo que, en su ancianidad, no pasaran necesidades. (Ex 20,12). No hay nada tan humano como ese mandamiento divino.

Pues bien: según una de esas tradiciones, si uno calculaba el dinero que podía costarle atender a sus padres y ofrecía esa cantidad como limosna para el templo, ya no tenía obligación de cumplir el precepto.

El movimiento fariseo era una realidad peligrosa para los cristianos en tiempo de Marcos. Pero los así descritos, nos afirma Schökel, siguen siendo, también hoy, un tipo que puede afectar a cualquier persona sinceramente religiosa.

14-15. 20-23 Llamó de nuevo a la gente y les dijo: «Oídme todos y entended bien: Nada que entra de fuera puede manchar al hombre; lo que sale de dentro es lo que puede manchar al hombre. Porque del corazón del hombre proceden los malos pensamientos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, avaricia, maldad, engaño, desenfreno, envidia, blasfemia, soberbia y estupidez. Todas esas cosas malas salen de dentro y hacen impuro al hombre».

Jesús se dirige después a toda la multitud y vuelve a la cuestión de la pureza para decir que ésta no está en las cosas ni en las acciones en sí mismas, sino en el corazón del hombre.

Nada de lo que hay en la creación es impuro. Es la buena o la mala intención del hombre, al hacer

uso de las cosas, lo que hace que algo sea agradable (puro) o desagradable (impuro) a Dios.

Después, al completar la explicación para sus discípulos, que tampoco parecían muy capaces de entender, pone como ejemplo algunas de las acciones que son desagradables a Dios.

LA TRADICION DE LOS MAYORES

Entre nosotros también se invoca demasiado la autoridad de la tradición y se olvida el valor del corazón; nos preocupa mucho hacer lo que siempre se ha hecho, sin pararnos a averiguar si eso es lo que conviene. Y nos privamos de demasiadas cosas porque las tradiciones exigen que nos privemos de ellas. Las tradiciones, repitámoslo, pueden tener valor, pero no pueden ser la norma; la norma es el querer hacer, de corazón, lo que Dios quiere, y lo que Dios quiere es el bien del hombre.

“Y después viene el orgullo del observante de las tradiciones: que aborrece a los que no la cumplen y crea a su alrededor una imagen de un Dios contable y exigente, nos amplía Juan Mateos. Y no comprende que Dios quiere a todos y a cada uno, según lo que es y donde está, y que no depende su amor de ninguna de las observancias. Y además esta observancia lleva inexorablemente a la idea del mérito.

Yo tengo mucho mérito porque yo hago lo que tengo que hacer. Y el mérito supone que Dios me debe cosas. Yo compro el amor de Dios con mi observancia. Esto es fatal, es el gran vicio fariseo.

Este espíritu puede entrar en nuestra espiritualidad si nosotros nos dedicamos a ser observantes de normas. No es eso. El único criterio de buenos y malos es amar o no amar. El único. Y eso Dios lo ve.

Si tenemos dentro el Espíritu de Dios, todo lo que hagamos es colaboración de Dios y nosotros. El Espíritu es la presencia divina en nosotros. Todo lo que hagamos no es nuestro solo es también de El. Es una colaboración inseparable. Es ya imposible de distinguir cuanto es mío y cuanto es de Dios. ¿Que vamos a presentarle? Nada, porque lo que hacemos es nuestro y suyo. Es colaboración, y entre colaboradores se acabó el mérito.

Esa mentalidad tan deformada que existía en el pueblo judío y que desgraciadamente pasó en gran parte a nuestra Iglesia. Tenemos una enorme libertad, se acabó la norma externa. Nuestro principio está dentro y es el Espíritu que está dentro, el que inspira nuestra conducta para comunicar amor y vida. Y esa conducta es nuestra y del Espíritu que tenemos, que ya es parte de nosotros. Dios no sustituye el hombre en su actividad. Nunca va a solucionar el problema el solo. El nos potencia siempre para que nosotros seamos capaces de solucionar los problemas nuestros y de la humanidad. Esta es la nueva realidad”.

(Cf. Juan Mateos. Libertad y ley. Conferencia)

JESUS TAMBIEN NOS DENUNCIA

Manipulamos la Palabra de Dios. Las tradiciones son interpretaciones de los mandamientos de Dios a modo humano. Es lo que Jesús denuncia: anuláis el mandamiento de Dios para conservar vuestra tradición. Escogen la Escritura y dan una interpretación que la invalida.

También entre nosotros con bastante frecuencia se ha utilizado la Palabra para justificar ciertas posiciones teológicas, doctrinales, de un grupo. Es como decir: **fijaros si tengo razón que hasta Dios me la da**. Y se citan tres textos para avalar lo que estoy diciendo. Eso es una manipulación de la Palabra. No se pueden avalar con textos mis planteamientos, ni buscar los textos que le vienen bien a mis ideas. Ante la PdD solo cabe una actitud de escucha sin ningún tipo de presupuesto.

- **Así, sencillamente, ¿qué me dice este evangelio? ¿Que he descubierto de nuevo? ¿En qué tengo que cambiar?**

LAVADO INTEGRAL.

La suciedad no consiste en no lavarse las manos, sino en hacer daño a los demás, en olvidarse de sus necesidades, en carecer de sensibilidad, en creerse "limpio". El pueblo sencillo se ve enredado en tantas normas y preceptos de poca monta, que lo separa de lo esencial. Son normas propias de cristianos arrogantes, sin compasión, que tienen las manos limpias, porque no tienen manos, ni echan una mano, como decía Péguy.

Muchos testigos y seguidores del Señor, que conocemos, no se lavan las manos ante los problemas de su alrededor, sino que se las manchan en la acción directa y comprometida. Así tienen un corazón de oro, que es lo que importa.

Hoy lo importante es la apariencia, la máscara (hipócrita). Bien bello el escaparate y descuidada la trastienda. La sociedad está montada sobre el poder que crea dependencia, el dinero que esclaviza, la superficialidad que encandila, pero hemos olvidado el interior. Los pecados colectivos, el deterioro moral de nuestra sociedad, el mal encarnado en tantas estructuras e instituciones, la injusticia presente en el funcionamiento de la vida social, se deben concretamente a factores diversos, pero tienen, en definitiva, una fuente y un origen último: el corazón de las personas.

Los cambios que soñamos, en cualquier aspecto de la vida (familiar, vecinal, laboral, comunitario) se quedan vacíos e inertes si no cambiamos el corazón. Y su latido nos lo marca el evangelio.

- **¿Pueden cambiar las cosas si cada cual no cambia por dentro? ¿Lo creo de veras?**